

EL RETORNO CÁTARO CAPÍTULOS INICIALES

En este mundo, creado por el Diablo, sólo puedes esperar lo inesperado

RAMÓN VI,
CONDE DE TOLOSA, 1156-1222

La televisión y las películas de cine representan una de
las mayores fuerzas persuasivas

MARIO CUOMO
Ex gobernador de Nueva York, julio de 1997

Levantando, pues, el grito todo el pueblo de Israel, y resonando las trompetas...
de repente cayeron los muros de Jericó, y subió cada cual por la parte que tenía delante
de sí, y se apoderaron de la ciudad.

Y pasaron a cuchillo a todos cuantos había en ella, hombres, mujeres, niños y
viejos...

JOSUÉ 6-20, 21

LUNES

1

Las luces tenues de la pantalla y de una lamparilla iluminaban unas manos blancas, casi perfectas, sobre el teclado de un ordenador portátil.

La pantalla se detuvo pidiendo una contraseña y sus dedos alargados introdujeron, tecleando con fuerza: «Arkangel».

Varios mensajes esperaban en el buzón, pero el cursor buscó el firmado por Samael y el único dedo imperfecto, el índice de la mano derecha, que mostraba un corte vertical dividiendo la uña al estilo pezuña de ungulado, pulsó con rapidez el botón *enter*.

«Se han seguido tus instrucciones al pie de la letra. En dos días, las trompetas de los elegidos sonarán y empezará la caída de los muros de Jericó, preámbulo de nuestro asalto. Comienza la cruzada.» —Leía el comunicado.

«Dios te bendiga, Samael. Y que ayude a nuestros hermanos», escribió como respuesta antes de firmar:

«Arkangel».

MIÉRCOLES

2

Cuando Jaime se acercó a la ventana no imaginaba que en unos instantes vería la horrible faz de la muerte y que esa visión cambiaría irremediablemente su vida.

Se acababa de levantar de su mesa de trabajo colocándose, taza de café en mano, frente a los ventanales que a pesar del cristal tintado permitían a un sol risueño invadir su despacho.

En el horizonte los montes de San Gabriel, al norte de Los Ángeles, mostraban nieve coronando los puntos más altos, en contraste con las palmeras, que abajo, en el bulevar, resistían el impetuoso viento.

Tras una semana de días brumosos, la lluvia del lunes dio paso a un espléndido martes y a una cristalina mañana de miércoles. El planeta había dejado de ser viejo, y parecía un niño pequeño preparado para sus primeros pasos. Era un mundo reluciente, listo para ser estrenado y Jaime pensó que encontrar un momento como aquel sin teléfono, reuniones o un quehacer urgente, y mirar a través de las ventanas, era un lujo que se permitía con escasa frecuencia.

Una mañana radiante, se dijo, y para colmo de venturas el calorcillo del sol y del café. ¿Qué más preciso para redescubrir la belleza que existe fuera de estos muros de vidrio, acero y mármol?

Sin embargo, algo iba mal.

Tenía todos los motivos para sentirse eufórico y feliz. ¿De dónde salía, pues, ese sabor amargo? ¿Era su vida personal? ¿Su divorcio? Seguramente.

En el bulevar, el movimiento de vehículos alrededor del centro comercial crecía con un suave ronroneo, y en el cielo unas nubecillas perezosas se desplazaban sobre un azul intenso.

—Tan lentas como mis pensamientos —murmuró siguiéndolas con la vista y admirando su blanco brillante al tiempo que levantaba la taza en busca de otro sorbo de café.

De pronto ocurrió. Una fuerte sacudida estremeció el edificio.

Jaime sintió el corazón en la garganta y el café, en la camisa. Sus pensamientos empezaron a sucederse a tal velocidad que tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido. El ruido siguiente pareció engullirlo todo.

—¡Dios mío, un terremoto! ¡Un gran terremoto! —Murmuró buscando refugio en la habitación. Los cristales vibraban con violencia.

—El edificio está preparado, aguantará, tiene que aguantar. ¡Los cristales!

Maldijo su elegante mesa de vidrio de diseño y deseó ardientemente una sólida mesa de madera bajo la cual encontrar seguridad cuando las ventanas se rompieran.

Con dificultad intentó avanzar hacia el centro de la habitación, mientras los libros caían de las estanterías del armario. ¡También de cristal! Su mirada topó con los arbolitos que decoraban la sala y que sacudían alocados sus verdes hojas.

De repente todo se detuvo y como si el mundo se hubiera detenido en su giro, se hizo el silencio. Demasiado corto para un terremoto.

Algo atrajo su mirada a las ventanas.

Una lluvia de cristales, brillando alegres al sol, caía en el exterior. Una sombra cruzó.

—¡Dios mío, es un cuerpo! ¡Es un hombre!
Creyó haber visto un pantalón gris y una camisa. ¿Blanca?
Se acercó con reparo a la ventana de cristales ahora quietos y silenciosos. El ángulo de visión y la altura le impedían ver qué ocurría abajo.
Afuera flotaban como a cámara lenta un sinfín de papeles.
Las nubes estaban en el mismo lugar, y él continuaba con la taza de café en la mano.
Lentamente apareció el sonido. Primero eran murmullos, luego gritos lejanos. Ahora sirenas.
Jaime dejó la taza de café sobre la maldita mesa de diseño cristalino y se dirigió a la puerta que comunicaba con su secretaria.
—¡Laura! ¿Estás bien?

3

—Desaconsejo la compra. Creo que es un error. —Karen Jasen hablaba con firmeza, enfatizando sus palabras, aunque sabía que acababa de meterse en la boca del lobo. Le costaba aceptar que, como todo el mundo, temía a aquel hombre y quizá por ello, para probar sus fuerzas y valor, buscaba el enfrentamiento directo.
Desde la sala de reuniones del piso trigésimo primero se distinguía aquella mañana el océano Pacífico con gran claridad. Colinas, vegetación y distintas construcciones desdibujaban la línea de la costa, pero un preciso horizonte separaba azules de cielo y mar en contraste con verdes y ocres de la tierra. Sin embargo, a nadie, en aquellos momentos, le importaba el paisaje en lo más mínimo.
El verdadero espectáculo, el drama, tenía lugar por encima de la mesa de caoba cubierta de expedientes, vasos de papel y tazas de café.
—Las leyes europeas —continuó Karen después de una pausa en la que solo un siseo leve de aire acondicionado se dejaba oír— son restrictivas en cuanto al control de empresas de comunicación por parte de...
—Tonterías —interrumpió, rudo como boxeador lanzando un puñetazo, Charles White—. Los abogados estáis para sortear las leyes y hacer que parezca legal. —El hombre se levantó de la silla imponiendo su metro noventa de estatura y más de cien kilos de peso a los presentes—. Para eso os pagamos. —Y fijando sus ojos pálidos, rodeados de oscuras ojeras, en Karen, añadió arrastrando las palabras—: Claro que estoy hablando de los buenos abogados.
El combate era desigual, no solo por peso físico, sino por la fuerza de cada uno en la Corporación. White ostentaba la presidencia más poderosa, la de Asuntos Corporativos y Auditoría, y Karen era solo una joven abogada, cuyo jefe obedecía al presidente de Asuntos Legales.
Karen le miró a los ojos. Años antes habría contenido lágrimas de rabia por el tono del individuo, por la ofensa de un insulto público e intencionado, pero ahora hizo lo que pocos osaban: mantuvo la mirada de White. Pero la tensión le hizo morderse los labios.
¿Se habría manchado los dientes de carmín?
Quiso contraatacar y abrió la boca para responder, pero el presidente de Asuntos Legales, Andrew Andersen, acudió en su defensa.
—Charly, nuestros abogados franceses opinan que el intento de...

—Al diablo con tus abogados franceses. La Davis Corporation conseguirá sus canales de televisión propios en Europa y vamos a empezar ahora —cortó White—. Tenemos el dinero para controlar una participación mayoritaria en una importante televisión europea y no vamos a esperar a que cambie la legislación o la situación política. —White mantenía los ojos clavados en Karen y ni siquiera había mirado a Andersen cuando éste habló—. ¿No es así, Bob? Explícaselo, que lo entiendan de una puta vez. Lo tenemos, ¿verdad? —dijo White dirigiéndose al presidente de Finanzas, que no contestó.

—Señor White —continuó Karen con voz firme—, no importa el dinero que tenga si no se usa de acuerdo a las leyes de cada país. Europa no es América.

White se dirigió a una ventana y quedó con los brazos en jarras, aparentemente absorto en el paisaje. Karen se encontró hablando al cogote del hombretón.

—El camino más productivo, rápido, legal y políticamente aceptable es introducir nuestros “contenidos” a través de las plataformas de televisión digital, convencional o terrestre, que se consolidan en Europa. Esta estrategia ofrece la ventaja de invertir lo mínimo, estableciendo alianzas a largo plazo con los grandes operadores europeos...

—No sirve. Mala idea —dijo White, aún de espaldas al grupo, moviendo la mano en gesto de rechazo—. Nosotros queremos el control de una parte significativa del medio. Éste es el objetivo por el que todo el mundo debe trabajar. Control es la consigna. ¡Control!

—Pero ¿para qué necesitamos el control? ¿Por qué tenemos que lanzarnos a batallas innecesarias? —insistió Karen—. En Europa, encontraremos actitudes muy hostiles a que nuestra compañía posea medios locales de comunicación. Debemos concentrarnos en vender nuestros programas sacando el mejor precio, todo lo más...

—Andrew —interrumpió otra vez White girándose en redondo hacia Andersen—, dile a esta señorita que su trabajo es hacer lo que se le pide. Se le paga para eso, no para que rumie tanto. No precisamos de su pensamiento estratégico.

—Charly —repuso Andersen—, creo que lo que expone la señorita Jansen tiene sentido y...

La puerta se abrió violentamente lanzando una nube de polvo dentro de la sala. El estruendo parecía anunciar el hundimiento del edificio. La mesa saltó derribando vasos y tazas, mientras las carpetas se esparcían por la habitación. White se apoyó contra uno de los pilares de la ventana para no ser derribado, en tanto que el resto de los reunidos se aferraban donde podían.

Un grito agudo ahogó las maldiciones. Karen nunca supo si fue ella quien gritó o la secretaria de Andersen, que tomaba las minutas de la reunión en un ordenador portátil.

The Big One, el terremoto gigante que arrasará California según predicciones agoreras, acudió a su mente, encogiéndole el pecho.

Al cesar la vibración se hizo un absoluto silencio en la sala. Todos quedaron callados e inmóviles mirando como hipnotizados hacia la puerta hasta que al cabo de unos segundos oyeron gritos distantes.

White avanzó, primero vacilante y luego a largas zancadas, hasta la entrada, observó el exterior y, sin decir nada, salió de la sala perdiéndose en la polvareda.

Los demás se miraron entre sí, comprobaron que nadie estaba herido y, entre murmullos, fueron abandonando la habitación para averiguar lo ocurrido.

Gus Gutierrez supo de inmediato que se trataba de un atentado. Llevaba semanas presintiendo el peligro, esperaba algo así, y ese mal acumulado en su espalda, cual reumático, era solo la anticipación de lo que ocurría en aquel momento.

Aquel día despertó de madrugada con esa inquietud recurrente. Sentía la tensión acumulada entre la cruz de la espalda y la nuca en forma de dolor. «Algo va mal», le decía su cuerpo, sin poder precisar el origen de la preocupación. ¿Un presentimiento? ¿Sería el resultado de una pesadilla o simplemente uno de sus frecuentes ataques de perfeccionismo profesional?

Cualquiera que fuera la causa, no pudo conciliar de nuevo el sueño y decidió comprobar físicamente que todo estaba en orden. Sin remordimiento alguno, despertó a Bob para informarle de que debía tomar el mando de la seguridad del rancho donde David Davis, presidente de la Davis Corporation residía.

El tráfico era escaso y pudo llegar con rapidez a la oficina. De inmediato empezó a repasar la rutina de seguridad. Los controles funcionaban, todo estaba en su sitio. Pero su ansiedad persistía.

—No crees en las intuiciones; eres un profesional —murmuraba.

No obstante, sabía que detrás de una premonición podía ocultarse algo concreto. Su entrenamiento le llevaba a grabar en su memoria, en cualquier momento y lugar, la posición que ocupaban personas y objetos. Posteriormente era capaz de recordar las variaciones habidas, evaluando lo que tuviera un aspecto raro; todo lo extraño, cualquier cambio de rutina, era un peligro posible.

Pero a veces el subconsciente registraba detalles que la parte racional de su mente no percibía; aquellas imágenes o palabras se quedaban allí dentro, y lo incontrolado de su cerebro permanecía funcionando incluso en el sueño. Cuando algo era inusual y no encajaba, rebrotaba en forma de inquietud, de una sensación, como la de aquella mañana, de que había algo fuera de su control. Por lo tanto, y por si acaso, a pesar de luchar contra temores y presentimientos, los tomaba en serio.

En lo concerniente a la seguridad de su jefe, Gutierrez no consentía el menor asomo de broma.

Antiguo guardaespaldas del presidente de Estados Unidos, era ahora mucho más que un experto en protección. Era el jefe de «los Pretorianos» de David Davis. Y ese título comprendía responsabilidades muy amplias y en ocasiones inconfesables.

Reaccionó en fracciones de segundo. Estaba seguro de que Davis se encontraba bien, pero de a grandes pasos llegó al despacho del presidente para comprobarlo. El viejo estaba sentado tranquilo frente a su mesa que miraba al Pacífico y le contempló por encima de las gafas que usaba para leer en su ordenador.

—¿Qué ocurre, Gus?

—No lo sé aún, señor. —Repuso éste—. En unos momentos le reportaré la situación.

El viejo afirmó con la cabeza continuando con su lectura como si el tema no le incumbiera.

La desazón que Gus sufría momentos antes del estallido había desaparecido por completo, él era hombre de acción y en aquellos trances daba lo mejor de sí mismo. Tenía dos planes básicos de emergencia previstos: evacuar o resistir en aquella planta. Solo precisaba conocer algún detalle de lo ocurrido para tomar su decisión.